planes y proyectos para lo futuro: porque Dios,, en cuyas manos se han puesto, proveerá a todo esto por medio de la santa obediencia, sin dejarlas un momento ociosas. El lo arreglará todo, lo ordenará todo: y aun en .aquellas horas en que no tengan señalada obra alguna exterior, el Señor las tendrá interiormente ocupadas. Aunque la vida interior no llevara consigo otra ventaja que la de darnos completa seguridad de que empleamos todos los instantes de nuestra existencia conforme al divino beneplácito, es ésta de por si tan preciosa e inestimable que bien vale la pena de que hagamos los mayores sacrificios a trueque de alcanzarla.

El único fin que se proponen alcanzar en todo las almas interiores, no es otro que amar y glorificar a Dios: glorificarle por medio de acciones o pasiones dispuestas y ordenadas por el mismo Dios, y en las cuales no tienen que hacer ellas otra cosa que responder con toda fidelidad a los dulces impulsos de la gracia; amarle, no sólo con actos formales de la voluntad y sentimientos afectuosos, sino también por medio de una perfecta y continua renuncia de sí mismas en las manos de Dios.

Esta ha de ser en todos los momentos de su existencia la ocupación propia de las almas interiores. Podrá cambiar la situación exterior en que se encuentren, pasando del reposo a la acción, de la salud a la enfermedad; experimentarán tal vez muchas vicisitudes, asi interiores como exteriores: pero en el fondo de su corazón permanecerá inmóvil, como el mismo Dios, e inaccesible a todo cambio, del que experimenten a medida que vayan uniendose más intimamente, de dia en día, con su divina Majestad. En esta parte puede decirse que no están sujetas a las vicisitudes del tiempo y que en cierto modo se hallán por decirlo así transportadas a la eternidad. En efecto, desde el momento que el alma se ha entregado completamente a Dios, mientras no revoque esa entrega total de sí misma con algun acto deliberado, participa en alguna manera de la perpetua e inalterable estabilidad del mismo Dios; puesto que, a cada instante, es lo que el Señor quiere que sea. Ella obra como criatura , pero Dios la mueve como criador; y como esta mocion divina es continua y el alma la sigue siempre dócilmente; a pesar de las miserias y debilidades que son anejas a su

naturaleza, vive en la tierra, participando, en alguna manera, de la inmovilidad propia los bienaventurados; y las mismas vicisitudes del tiempo, a que está sujeta necesariamente, son para ella como si no fuesen, puesto que alteran las disposiciones permanentes de su corazon. Dichosos aquellos que llegan a comprender todo esto; pero más dichosos aún los que sepan practicarlo!

XVI

Ceguera espiritual del hombre

"Yo vine a este mundo, dice Jesucristo, *a ejercer un justo juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, o soberbios presumen ver, queden ciegos"* [1] . El Salvador pronunció estas palabras con motivo del ciego de nacimiento, a quien había dado la vista del alma, después de haberle de vuelto la del cuerpo, en presencia de los fariseos, a quienes este milagro debia de haber iluminado, pero que a pesar de esto quedaron con él más ciegos que antes. El sentido de esta sentencia de Jesucristo es muy profundo y encierra muy provechosas enseñanzas para todos: tratemos, pues, de penetrarlas con la ayuda de su gracia.

Todos nacemos ciegos en el alma, a consecuencia del pecado original. Sin las luces de la revelación, el hombre ni puede conocer a Dios sino muy imperfectamente, ni se conoce a sí mismo: vive en una ignorancia profunda acerca de su eterno destino, esto es, acerca de lo que más le importa saber; mejor dicho, de lo único que verdaderamente le interesa. Ignora en qué consiste la verdadera felicidad, ni qué camino hay que seguir para conseguirla. Esta ignorancia profunda es un hecho del cual nos da elocuentes testimonios la historia de la humanidad. Basta recordar lo que eran todos los pueblos antes de la venida de Jesucristo, y lo que son todavía las naciones en las cuales no ha penetrado la luz del Evangelio.

Ni es ésta aún la más lamentable de las calamidades que afligen a los que se hallan privados de la revelación, pues toda-

----

1 Jn. 9, 39.

vía es mucho peor la de que, estando completamente ciegos, ignoren su ceguera. Habiendo nacido el hombre atacado de esta enfermedad, cree con todo gozar de perfecta salud; y jamás se hubiera dado cuenta de su espantosa ceguera, si el mismísimo Dios, hecho hombre, no hubiera venido al mundo para disipar las tinieblas en que se hallaba envuelto e iluminarle con la luz de su celestial doctrina.

Pero el colmo de la desgracia consiste en estar uno persuadido de que ve perfectamente, siendo completa su ceguera. Tal era la situación en que se hallaban los sabios y filósofos paganos y los orgullosos fariseos entre el pueblo judio.

Y si bien es verdad que el cristianismo ha iluminado al hombre acerca de sus destinos inmortales y los deberes que tiene que cumplir para con Dios, para con sus prójimos y para consigo mismo, no por esto le ha curado enteramente su ceguera espiritual. Mientras subsista en él el amor y juicio propio, permanecerá ciego acerca de muchas cosas que se relacionan con Dios y con los intereses de su alma. Con respecto a Dios, desconocemos los secretos caminos de su providencia, nos forjamos ideas falsas acerca de la santidad, y apenas llegamos a vislumbrar en qué consiste la verdadera virtud.

Respecto de nosotros mismos, desconocemos el fondo íntimo de nuestras disposiciones, y teniendo vista de lince cuando se trata de los defectos de nuestros prójimos, se nos escapan casi siempre los propios defectos: nuestros juicios, en lo que nos atañe, están colmados de ilusión.

Y como esta ceguera afecta al alma, difícilmente llega a conocerla. Esta es sin duda una calamidad lamentable, pero con todo no carece de remedio. La luz divina puede sin dificultad disiparla cuando no es voluntaria. Mas ¿cómo será posible conseguirlo, cuando el que está ciego quiere permanecer en su ceguera? ¿Cómo podrá la divina luz alumbrar a esas almas orgullosas que creen ver y que rechazan obstinadamente la luz porque creen no tener necesidad de ella? ¿Cómo ha de penetrar en esos espíritus prevenidos, obcecados con preocupaciones, obstinados en no ver lo que ella les enseña, o en ver las cosas sólo desde el punto de vista que ellos mismos se han forjado? Semejante enfermedad es bastante ordinaria aún entre las

personas piadosas; y como la fuente de ella está en el orgullo, opone a la gracia un obstáculo que sólo la humildad puede llegar a superar, aunque desgraciadamente no siempre lo consigue.

Jesucristo, luz del mundo, ha venido para curarnos de tan lamentable ceguera; pero ejerce en esto una especie de juicio, lleno de bondad para los unos y de justicia para los otros. Ilumina a los que no ven y ciega a los que ven. ¿Qué queremos significar con esto? ¿Acaso que entre los hombres hay algunos que ya ven, aun antes de ser iluminados por Jesucristo, mientras los demás permanecen a obscuras? Claro que no, puesto que todos son igualmente ciegos; mas los unos, instruidos por la gracia acerca de su triste estado, reconocen humildemente su ceguera espiritual y piden al Señor con instancia su curación. A éstos ilumina Dios y no cesa de alumbrarlos mientras se aprovechan de la luz que les envía, dejándose en todo guiar por ella. Los otros no quieren reconocer que están ciegos, y a éstos les deja Dios en su ceguera, la cual puede llegar a ser poco menos que incurable. Otros se atribuyen las luces que reciben de Dios apropiándoselas como si fueran de su propia cosecha, y en justo castigo el Señor se las retira; otros, en fin, usan mal de las luces que han recibido, las descuidan, las rechazan y cierran los ojos para no verlas; con lo cual merecen justamente ser privados de ellas

¿A cuál de estas categorias pertenecemos o queremos pertenecer? ¡Desgraciados de nosotros si nos aferráramos a nuestro propio espíritu y quisiéramos juzgar por nosotros mismos de las disposiciones de la divina Providencia, constituyéndonos en árbitros de nuestra propia conducta! En tal caso, Dios nos abandonaría a nuestras propias fuerzas. ¿Y qué nos acontecería entonces sino lo que acontece a un pobre ciego que se empeña en guiarse por sí mismo, con lo cual da consigo en el precipicio? ¡Desgraciados también de nosotros, si llegáramos a apropiarnos las luces que Dios nos envía, considerándolas como cosa propia, o bien, envaneciéndonos de ellas, las hiciéramos servir para fomentar nuestra presunción! . Indudablemente que no nos perdonaría el Señor semejante latrocinio, sino que nos despojaría de tan inestimable beneficio,

puesto que con tal atrevimiento pretendiamos usurpárselo. Desgraciados en fin de nosotros si no sacáramos de las luces que recibimos todo el provecho que Dios pretende que saquemos, o bien rehusáramos ser iluminados acerca de lo que exige de nosotros, por no hallarnos resueltos a entregarnos enteramente a su servicio.En tal caso mereceríamos que nos sustrajera las gracias que nos tenía preparadas, y en lugar de ir adelante en el camino de la virtud, volveríamos atrás.

Imitemos, pues, al ciego del Evangelio; persuadámonos bien de que andamos siempre rodeados de tinieblas, y que no podemos, con solas nuestras fuerzas e industrias, librarnos de ellas. Digamos continuamente a Jesucristo: *Señor, haced que recobre la vista* [1]. Iluminadme, o por Vos mismo o por medio del que me habéis dado por guía. Cuando tengamos que deliberar acerca de cualquier negocio espiritual. que sea de alguna importancia, desconfiemos de nosotros mismos; evitemos el obrar llevados del instinto natural, impulsados por la pasión o alucinados por alguna preocupación y respeto humano: pidamos humildemente a Dios que nos alumbre, que nos enseñe la verdad y que nos conceda los alientos de que necesitamos para seguirla. Mantengamos nuestro espíritu en una dependencia continua de la divina gracia y estemos plenamente convencidos de que si nos abandonara un solo instante, daríamos un paso en falso.

Pero no debemos contentarnos aún con esto, sino que además hemos de dar incesantes gracias a Dios por las luces que nos envía, reconociendo que de su liberal mano las hemos recibido. No nos fiemos, tratándose de cosas espirituales, ni de nuestro propio juicio, ni de la penetración de nuestro espíritu. Las cosas de Dios deben ser juzgadas según el espiritu de Dios. Se complace el Señor en alumbrar a las almas sencillas, las cuales, convencidas como están de su ignorancia, no se atribuyen nada a sí mismas, y de nada juzgan por solas sus luces naturales, sino que refieren a Dios, como a su fuente, todos sus conocimientos. ¡Oh! si llegáramos a comprender bien cuán peligroso es el propio espíritu y cuánto desea: Dios que lo humillemos, abatamos y anonademos, no nos daríamos punto de

----

1 Lc. 18, 41.

reposo hasta haberlo puesto debajo de nuestros pies, juzgándonos dichosos de poderle ofrecer al Señor semejante sacrificio; nos gozaríamos de vernos impotentes para todo sin el concurso de Dios: hasta el punto de no poder pronunciar una sola palabra, ni tener un solo pensamiento, ni formar un solo juicio por nosotros mismos, puesto que dependemos en todo esto de la moción divina. Nos aplicaríamos con todo cuidado a desposeernos de nuestro propio espíritu, a fin de ser enteramente poseídos y penetrados por el espíritu de Dios

¡Dichosa oración, feliz estado aquel en que el alma sigue dócilmente las inspiraciones de la divina gracia, sin mezclar nada de su propia cosecha! Entonces puede decirse con toda verdad que Dios se ha apoderado enteramente de ella y la rige como único Maestro.

Finalmente aprovechémonos de las luces que Dios nos comunica, ora para que conozcamos nuestra miseria y nos humillemos por ella, ora para que sepamos discernir lo que Dios quiere de nosotros y lo practiquemos, ora en fin para que advirtamos nuestros defectos y nos corrijamos de ellos.

No dejemos de corresponder con toda fidelidad a ciertas ilustraciones que Dios nos envía, por más que contrarien nuestro egoísmo y sensualidad, o su ejecución haya de costar no pequeños sacrificios a nuestra flojedad. No seamos de aquellos que arrojan de la mano el espejo, so pretexto de que les representa feos: seamos amigos de la verdad aun cuando nos reprenda, y estemos íntimamente persuadidos de que, después del conocimiento de Dios, nada hay más útil para nosotros que el conocimiento propio. Más aún, vivamos convencidos de que tanto más nos elevaremos en el conocimiento de Dios, cuanto mejor conozcamos y sintamos nuestra nada. Son éstos como dos abismos de los cuales el uno llama al otro, según la expresión de la Escritura. Repitamos, pues, con San Agustín: *Señor, conózcaos a Vos y conózcame a mi.*

XVII

Flaqueza y corrupción del corazón humano

Después de haber considerado cuán ciego quedó el entendimiento del hombre, a consecuencia del pecado, bueno sería examinar cuán flaco y corrompido quedó su corazón. Pero adviértase que semejante flaqueza sólo la experimenta el hombre cuando se trata de obrar el bien, que para el mal es asombroso su poder y fortaleza.

Aquella voluntad que Dios había criado tan perfectamente ordenada y recta, quedó pervertida con el pecado original, y todos nacemos atacados de esta desgraciada perversidad. El orden de la creación fué trastornado. El corazon del hombre, naturalmente inclinado a amar a Dios sobre todas las cosas, una vez pervertido por la primera culpa, concentró todo el peso de su amor en sí mismo, por manera que todo lo ama, sólo en cuanto dice relación a su propio provecho. Y menos mal aún si semejante amor fuera razonable y tendiera a la prosecución de los verdaderos intereses de su alma, porque entonces le conduciria al amor de Dios, su primer principio y último fin. Pero desgraciadamente no es la recta razón, ni nuestros verdaderos intereses lo que regula nuestro amor propio. Este amor, es enteramente desordenado, porque nos constituye centro de todo; es además contrario a nuestros verdaderos intereses, porque no mira más que al bien presente, al bien sensible, y pierde absolutamente de vista los bienes espirituales y sobrenaturales.

De aquí se sigue, que desde la más tierna infancia nos sentimos fuertemente inclinados a los bienes sensibles y terrenales, y no apetecemos otra felicidad que la que éstos puedan proporcionarnos Las necesidades del cuerpo y sus placeres nos arrastran y esclavizan: por manera que nuestra alma, sumida por decirlo así, en la materia, o no se eleva hacia los bienes espirituales, o no consigue elevarse a ellos sino mediante redoblados esfuerzos.

De aquí también esa terrible concupiscencia, fuente de todos nuestros pecados. Las almas justas conocen de sobra los efectos de esa concupiscencia, y gimen al verse sujetas a ella, porque sienten cuánto las envilece, a cuántas tentaciones les expone y cuán contraria es la orden primitiva, que sometia el alma a Dios y el cuerpo al alma. Pero la mayor parte de los hombres, aun de los cristianos, lejos de deplorar tan cruel enfermedad, la fomentan, se glorían de ella y se creerían desgraciados si no la padecieran. Paréceles a estos tales que el hombre sin pasiones desordenadas sería un sér sin movimiento ni vida. Combatir sus pasiones, en lugar de dejarse arrastrar por ellas, lo consideran como una insensatez, como un atentado contra la propia felicidad.

De aquí, finalmente, esa tremenda dificultad que muchos hallan en comprender, en gustar y practicar la moral cristiana, cuyo objeto es aniquilar en nosotros el reinado de la concupiscencia. Si esta moral nos parece bella, razonable y digna del hombre, no hay que atribuirlo sólo a nuestras luces naturales. Jamás nos parecería tal, si un rayo de la gracia no hubiera venido a iluminar nuestras inteligencias. Pero, iluminados y todo por ella, ¡cuánto nos cuesta practicarla! Con el auxilio de lo alto formamos resoluciones, protestamos a Dios nuestra fidelidad, nos creemos firmes e inquebrantables; y a pesar de todo, a la primera ocasión sucumbimos, la menor dificultad nos arredra, el atractivo de los bienes sensibles nos lo hace olvidar todo; en una palabra caemos a cada paso, y nos sería imposible levantarnos, si el Señor no nos diera la mano ¡Cuánta debilidad y cuán humillante es! Dejamos de practicar el bien que querríamos y practicamos el mal que.no quisiéramos.

Más aún, si nos sentimos inclinados al bien, aun que sea débilmente, y no al mal, débese a la misma gracia; porque son tales la corrupción y malicia de nuestra voluntad, que de ordinario, sus primeros movimientos naturales la apartan del bien y la inclinan al mal. No es menester haberse estudiado mucho tiempo para reconocer en sí esta depravada disposición. El corazón se halla en nosotros casi siempre en guerra con la inteligencia. Esta nos aconseja una cosa y la pasión nos incita a la contraria. Vemos y aprobamos lo mejor, pero seguimos lo

peor, como dijo de si un poeta pagano[1] . Semejante conflicto entre la razón y las pasiones mantiene al alma en una continua agitación.

Pero todo esto no es más que el principio de nuestra perversa naturaleza. Irrítase ésta porque le prohiben seguir la maldad y se revuelve contra el mismo Dios, autor de esa prohibición. Apura razonamientos y sutilezas para persuadirse que semejante prohibición es injusta y tiránica, y que el hombre tiene derecho a entregarse sin freno ni medida a todas sus pasiones. Escuchad los gritos del amor propio y os convenceréis de que aspira ser árbitro de todo, pretende que todo le pertenece, sin respetar derecho alguno en los demás. Toda resistencia que se oponga a sus deseos, la juzga injusta y tiránica. Envidia todo lo que poseen los demás y de que él carece; y no solamente lo envidia, sino que apela a todos los medios para arrebatárselo. Es indudable que la pasión no respetaría nada si fuese bastante fuerte para franquear todos los obstáculos. No; no es Dios quien la detiene muchas veces, sino el temor de los hombres y de las leyes humanas; y para eludirlas, siempre que puede, substituye la violencia con el fraude y la seducción. Tal vez le falte valor o medios oportunos para ejecutar sus perversos designios, pero éstos los habrá consumado ya en su corazón. Muchísimos son los desórdenes que se cometen en el mundo, pero todavía son incomparablemente muchísimos.más los que se consuman en el secreto del corazón, y que no llegan a efectuarse por falta de ocasiones o de recursos. El que viera al descubierto todo lo que los hombres conspiran, resuelven y traman en su interior, los juzgaría mil veces peores de lo que parecen.

No solamente irrita al hombre la prohibición del mal, sino que le sirve muchas veces de incentivo para cometerlo. La ley, lejos de detener la voluntad humana parece excitarla; y el mayor encanto del objeto pecaminoso, parece que consista precisamente en ser prohibido, como dijo San Pablo y la experiencia cotidiana nos lo enseña. Basta que se nos prohiba una cosa para que se nos entren ganas de hacerla. Una lectura, un cuadro, un espectáculo que se nos prohiba pica nuestra curiosi-

----

1 Ovidio, Metam, VII, 20.

dad y no descansamos un punto hasta que la vemos satisfecha. Lo que se nos oculta es lo que más deseamos saber. Lo que se nos rehusa es lo que tenemos más deseos de poseer. Parece que toda ley, toda oposición es un atentado contra nuestra libertad, y que ni Dios ni los hombres tienen derecho alguno a limitar nuestros deseos. ¡Puede llevarse más lejos la corrupción y la malignidad!

Lo peor del caso es que muchos, lejos de avergonzarse de todas estas miserias, hacen gala de ellas; y en lugar de condenarlas o cuando menos deplorarlas, pretenden justificarlas: gloríanse no sólo del mal que hicieron, sino también del que no hicieron, como si pretendieran ser todavía más perversos de lo que son, como de sí mismo lo confiesa, ingenua y humildemente, San Agustín, antes de su conversión.

Y si nos pareciere que somos incapaces de tales excesos, proviene esto de que no nos conocemos: sino muy imperfectamente. El fondo de corrupción es parecido en todos los corazones, y basta, a las veces, una sola pasión mal dominada para lanzarnos por los caminos de la maldad. Sondeemos un poco el abismo de nuestro espíritu, recordemos lo que nos ha ocurrido en tal o cual circunstancia, veamos a dónde nos hubiera arrastrado aquel deseo, aquella inclinación, aquel impulso vicioso; si la educación, el temor del qué dirán o de las penas del infierno no nos los hubieran reprimido: y aún tal vez podríamos añadir, si la ocasión no nos hubiese faltado.No nos forjemos ilusiones, estemos bien persuadidos de que si Dios no hubiera vigilado especialmente sobre nosotros, no hay crimen en que no nos hubiera precipitado nuestra corrupción. Demos gracias a Dios, no sólo por los pecados que nos ha perdonado, sino también por aquellos de que nos ha preservado. Confesemos humildemente con San Agustín que no hay crimen cometido por un hombre de que otro hombre no sea capaz, y que tal vez lo cometería realmente, sin el auxilio de la divina gracia.

Es tan profundo el abismo de nuestra miseria, que si Dios nos la descubriese en toda su deformidad, en los comienzos de nuestra conversión, quedaríamos aterrados y en peligro de caer en el mayor desaliento: por esto no nos la muestra sino por grados y con una parsimonia llena de sabiduría. Mas como este

conocimiento es absolutamente necesario para mantenernos humildes, vigilantes, llenos de confianza en Dios y desconfiados de nosotros mismos; a medida que vamos cobrando fuerzas espirituales y adelantando en la virtud, nos va manifestando más y más de día en día nuestra corrupción y flaqueza, para que viendo la magnitud inmensa del mal que nos aqueja podamos apreciar mejor la necesidad que tenemos del auxilio de su gracia; nos hace asomar al abismo de que nos ha librado con su gracia, a fin de que podamos en alguna manera sondear su terrible profundidad y huyamos de caer en él. Asi lo hizo con Santa Teresa, mostrándole el lugar que hubiera ocupado en el infierno, si El no la hubiese llamado a sí con su infinita misericordia. Dé este modo los mismos pecados que hayamos cometido, o que hubiéramos podido cometer, nos serviran de base sólida sobre la cual levantemos el edificio de nuestra humildad y santidad.

Mas aún, tratándose de almas escogidas que están llamadas a muy elevada perfección, Dios no se contenta con esto: no se limita a comunicarles un conocimiento especulativo de su miseria, sino que les da un conocimiento experimental de la misma. Para ello aguarda a que su voluntad se halle suficientemente afianzada en el bien, a fin de que no corran peligro de caer. Entonces es cuando las hace experimentar el sentimiento de su nativa corrupción en toda su repugnante deformidad; permite que los mas perversos pensamientos y las peores inclinaciones invadan totalmente su espiritu y combatan su corazon, no parece sino que todas las mas bajas pasiones, atizadas por el soplo infernal de Satanas, se lanzan furiosas contra la pobre alma, que siente con suma viveza el punzante aguijon de la naturaleza corrompida. Y ella, tan delicada y pura, que aborrece a par de muerte los menores asomos de culpa, se ve de repente como sumida y encenagada en las más viles pasiones; vese a su parecer, como si fuera culpable de los más feos y abominables pecados; imagínase haberlos consentido, por más que esté a cien mil leguas de ello. El mismo director espiritual, que conoce perfectamente las más íntimas disposiciones de aquella alma, a duras penas logra serenarla y calmar sus inquietudes y zozobras. Dios la mantiene en este

estado hasta que haya adquirido una humildad proporcionada al grado eminente de perfección que la tiene destinada.

Las vidas de los Santos nos ofrecen abundantes ejemplos de semejantes estados de alma; y los autores ascéticos y místicos señalan la regla de conducta que hay que seguir para guiar a esas almas que pasan por tales pruebas. San Pablo dice de sí mismo, que para que la grandeza de las revelaciones con que Dios le había favorecido, no le desvaneciera, le hacía sentir el aguijón de la carne y le exponía a los insultos del ángel de Satanás. "Sobre lo cual, añade, por tres veces pedí al Señor que le apartase de mi:y respondióme: Bástate mi gracia; porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza, o sea, sosteniendo la flaqueza del alma en medio de más violentas tentaciones. Así que, prosigue el mismo Apóstol, con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que haga morada en mi el poder de Cristo. Por cuya causa, yo siento satisfaccion y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo: pues cuando me siento debil, entonces con la gracia de Dios soy mas fuerte[1] Por donde se ve que el sentimiento de nuestra propia flaqueza sirve a maravilla para hacer resaltar la fuerza de la gracia y purificar más y más la virtud del hombre.

XVIII

Sobre aquellas tres palabras que dirigió un Angel a San Arsenio: *huye, calla, reposa*

Estas tres palabras que una voz del cielo comunicó a San Arsenio, contienen todo lo que debemos poner de nuestra parte para corresponder a los designios que Dios tiene sobre nosotros. Debemos huir de todo lo que puede desviarnos de Dios; guardar silencio exterior e interior, para que podamos oir

----

[1] 2 Cor. 12, 7-10.

la voz de Dios; fijar en Dios solo todas las agitaciones de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

No todas las almas a quienes Dios llama a la vida interior, son igualmente llamadas, como S. Arsenio, a huir del mundo para retirarse a la soledad; pero todas deben usar de este mundo como si no usaran de él; deben despegar su corazón de todo lo criado y no conservar con el mundo sino aquellas relaciones que sean realmente indispensables o provechosas: en una palabra, deben evitar, en su trato con el mundo, todo aquello que pueda alejarlas de Dios. Este desprendimiento va más lejos y es mucho más difícil de lo que muchos creen. No basta, en efecto, evitar todo lo que es pecado o que a él nos conduce; es menester, además, evitar todo aquello que sólo tiende a satisfacer los sentidos, la curiosidad, la propia estimación, el deseo de ser alabado, preferido y considerado; todo lo que tienda a disipar nuestro espíritu, todo lo que arrastre nuestra alma a los objetos exteriores, haciéndola salir de sí misma y de su centro, en que Dios habita. Nunca será excesiva la vigilancia que en esto pongamos, porque nuestras relaciones exteriores son la fuente principal de nuestras faltas y la causa más frecuente de nuestro poco adelantamiento en el camino espiritual.

Lo que hace más dificil este perfecto desprendimieto, es la prodigiosa tendencia de nuestra alma a aficionarse a las cosas criadas, que la seducen con sus encantos, buscando en ellas su felicidad y reposo. Triste efecto que el pecado origina, aun en las almas inocentes, y con mayor razón, de ordinario, en aquellas que han tenido la desgracia de ofender a Dios.

Añádase a esto el amor propio y el deseo que tenemos de ser amados y estimados de los mundanos. Para ser amado de ellos, es preciso amarles y amar lo que ellos aman. Para ser estimado, es preciso estimarles; y por lo mismo hay que pensar, hablar y obrar como ellos. He aquí la ley que impone el mundo a sus secuaces: ley tiránica e irracional, cuyo exacto cumplimiento nos inspira el amor propio y a la cual sacrifican muchos la ley de Dios, las máximas del Evangelio, las luces de la razón y los dictados de la conciencia.

Si no evitamos pues el trato con el mundo, fuera de aquello a que nos obliga la necesidad, caridad y cortesía bien entendida; y

si aun entonces no procuramos precavernos interiormente contra sus seducciones, será poco menos que imposible que no acabemos por conformarnos con sus juicios y dictámenes, puramente humanos y naturalistas, ora sea por complacencia, ora por respeto humano, ora en fin por seguir la corriente: aprobaremos, o cuando menos excusaremos lo que Dios condena, por parecernos que sería ponernos en ridículo si pensáramos de diferente manera que los otros o nos atreviéramos a oponer las máximas del Evangelio a las admitidas en el mundo.

¿Qué hacer, pues, para practicar esta huida del mundo tan necesaria como recomendada? Sencillamente, considerarle como el mayor enemigo de la fe cristiana y como el más peligroso seductor, puesto que anda siempre confabulado con nuestro amor propio y con nuestra sensualidad. Debemos también evitar su trato cuanto nos sea posible, romper todas las relaciones inútiles, que tienen por único objeto la diversión o el pasatiempo: en las conversaciones con los mundanos es preciso ser muy recatado en las palabras, no siendo fáciles en manifestar nuestro parecer; pero cuando nos creamos obligados a ello, hagámoslo con toda sinceridad, y sin respeto humano, recordando aquellas palabras de Jesucristo:'*"A quien se avergonzare de mí delante de los hombres, yo también me avergonzaré de él delante de mi Padre"*[1].

Lo segundo que recomendó el angel a San Arsenio fué la guarda del silencio exterior e interior. Andaría muy lejos de la verdad quien creyera que la guarda del silencio, reza sólo con las personas consagradas a Dios en el claustro: el silencio es necesario a todo aquel que quiera vivir una vida interior. A más de que no se refería Jesucristo sólo a los religiosos cuando dijo: que en el día del Juicio habrá que dar cuenta de toda palabra ociosa [2]. La excesiva comezón de hablar es señal inequívoca de un alma ligera y disipada. Después de una conversación inútil, es muy dificil recogerse interiormente para tener oración o lectura espiritual, con aquella calma y paz que son necesarias para aprovecharse.

----

1 Mt. 10. 33.

2 Id. XII, 36.

Mas no es bastante guardar el silencio con los demás, es preciso guardarle consigo mismo; no dar pábulo a la imaginación, ni traer a la memoria lo que se ha dicho u oído, ni ocuparse en pensamientos inútiles que se refieren al pasado o al porvenir.

¿Cómo ha de ser posible que oiga la voz de Dios el alma que anda completamente disipada en su interior? Y si ella se toma la libertad de andar a todas horas viajando por todos los planetas reales e imaginarios ¿como ha de poder recogerse para orar? No es tan fácil como eso el ser uno dueño de su imaginación, hasta el punto de fijarla en lo que de momento hacemos, sin detenernos voluntariamente en este tropel de pensamientos que a todas horas cruzan por nuestro espiritu.

Yo bien sé que no siempre está en nuestra mano evitar tales pensamientos; pero sí depende de nuestra voluntad el que se aficione a ellos nuestro corazón, o más bien los desprecie sin hacerles caso alguno. Y cuando aquellos pensamientos o imaginaciones son consecuencia de alguna pena, de alguna rebelión del amor propio o de algún deseo desordenado, está en nuestra mano hacer a Dios el sacrificio de aquella pena, sosegar aquella rebelión y reprimir aquel deseo. El ejercicio de la mortificación interior es un medio eficaz, el único tal vez, de conseguir este perfecto silencio del alma, que nos dispone para una íntima comunicación con Dios.

Debemos, finalmente, poner en las manos de Dios las agitaciones del espíritu y del corazón. En vano se buscará el reposo fuera de Dios; ni se halla, ni puede hallarse sino sólo en Dios. Mas no se crea que para hallar en Dios este reposo y descanso sea preciso agitarse mucho, andar a todas horas desasosegados u obrar grandes cosas: precisamente el medio más fácil y seguro para conseguirlo consiste en evitar toda agitación y desasosiego propios para dar lugar a la acción de Dios. Dios es la suma actividad y el reposo sumo; y el alma que permanece íntimamente unida con Dios, participa en cierta manera de su actividad y reposo. Esa alma trabaja incesantemente, pero sin perder un punto la paz interior. No previene nunca la acción de Dios, sino que se mueve bajo la impresión divina, como la mano de un niño, que aprende a escribir, se mueve bajo el impulso de la mano del maestro. Si este niño no tiene la mano flexible y dócil,

si quiere formar trazos por sí mismo, escribirá mal. Al escribir no cabe duda que el niño trabaja, pero su acción está dirigida por la del maestro. El reposo de este niño no consiste en no mover la mano, sino en no moverla por si mismo, antes seguir suavemente la impresión que se le da.

Lo mismo acontece con el alma que se mueve bajo la acción de Dios: no está ociosa un solo momento, como creen aquellos que no tienen ideas exactas acerca de la vida interior, sino que recibe continuamente el impulso de Dios, el cual la rige y gobierna en todas sus acciones. Verdad es que esa acción de Dios, lo mismo que la del alma, es a veces imperceptible, mas no por esto es menos real, directa e íntima. Aun en las mismas operaciones naturales del alma acontece lo propio. ¿Cuántos actos interiores ejecutamos sin que apenas nos demos cuenta de ellos y que, no obstante, son el origen y causa de nuestros actos exteriores? Yo miro, pongo por caso, hablo, ando, vuelvo los ojos, me callo, me detengo: todo esto lo voy haciendo porque quiero; y sin embargo, habitualmente no presto atención a este ejercicio continuado de mi voluntad. Con mayor razón sucede esto en el estado sobrenatural. Ora el alma, sin reflexionar que se está orando: nuestro corazón permanece unido con Dios sin darnos cuenta de esa intima unión. No debe, pues, decirse que no se hace nada, o que se pierde el tiempo en la oración de quietud, puesto que se obra en ella de una manera muy real, aunque muy íntima, cuando Dios es servido de levantar el alma a tal manera de oración que si no la eleva Dios a ella, serán infructuosos cuantos esfuerzos haga el alma para alcanzarla.

"Es cosa sobrenatural, dice Santa Teresa, y que no la podemos procurar nosotros por más diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz y ponerla el Señor con su presencia. Es como un amortecimiento interior y exterior, que no se querría uno bullir, sino ya, como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa. El alma está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que no parece hay más que desear. Las potencias sosegadas que no querrían bullirse; aunque no están perdidas, porque piensan en cabe quién están. Es un pensamiento sosegado: no querrían se menease el cuerpo, porque no las desasosegase: piensan una cosa y no muchas: dales pena el

hablar. No parece entonces que están en el mundo, ni le querrían ver, ni oir sino a su Dios: no les da pena nada, ni parece se la ha de dar [1].

"El contentento y la paz que Dios comunica al alma en la oración de quietud, así como no se puede alcanzar, tampoco se puede detener. Es bobería, que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer [2].

Como se ve, es este un don gratuito de Dios, que lo concede al alma, cuando a El le place. Pero así como sería insensatez pretender tales dones sobrenaturales, así también lo sería calificarlos de ilusiones, propias de una imaginación exaltada, cuando Dios se digna concederlos a alguna alma, verdaderamente humilde, que se ha entregado de veras a El y vive una vida del todo espiritual e interior.

Busquemos a Dios con toda sinceridad en la oración, y esmerémonos cuanto podamos en su santo servicio: que quien así le busca, le hallará, y juntamente con El, la fuente de todos los bienes.

XIX

De la fidelidad en las cosas pequeñas

La escritura dice a este propósito dos cosas muy propias para convencernos de su importancia: *Aquel que no hace caso de las cosas pequeñas*, dice el Eclesiástico, *caerá poco á poco* [3]. Jesucristo añade: El que es fiel en las cosas pequeñas lo será también en las grandes. [4]

Resulta del primer pasaje, que la negligencia en las cosas pepequeñas nos expone indefectiblemente a grandes caídas; y del-

----

1 Camino de Perfección, cap. LIII.
2 Camino de Perfección, cap. LIII.
3 Ecli. 19, 1.
4 Luc. 16, 10

segundo que la fidelidad en las cosas pequeñas asegura nuestra fidelidad en las grandes, y por consiguiente es un medio necesario para la santificación interior. Bastan estos dos pensamientos bien comprendidos para hacernos inviolablemente fieles en las menores ocasiones que se presenten en el servicio divino.

A fin de dar algún desarrollo a esta materia, notemos desde luego que, hablando con propiedad, no hay cosas grandes ni pequeñas con respecto a Dios. Todo lo que lleva el sello de su voluntad y de su beneplácito debiera parecernos grande, por pequeño que en si sea. Así, pues, desde el momento en que la voz interior de nuestra conciencia nos asegura que Dios desea alguna cosa de nosotros, la grándeza infinita de Dios no nos permite considerar como pequeño o indiferente lo que es objeto de su deseo. Por el contrario, por grande que sea una cosa, aun que se tratara de convertir a todo el universo, sino fuera del agrado y beneplácito divino, tampoco sería de ningún valor a los ojos de Dios, antes quizás le disgustaríamos con ello. Así que solamente la voluntad de Dios es la que da el valor y estima a las cosas.

Lo mismo sucede con respecto a nuestra santificación: tal cosa que nos parece pequeña en sí misma, puede ser de tales consecuencias, que nuestra perfección y aun nuestra salvación dependa de ella. Dios vincula sus gracias a aquello que le place, sin que nos sea dado conocer, por nosotros mismos, las consecuencias buenas o malas de tal o cual acto al parecer de poca entidad. ¿De cuántas gracias me veré privado si desprecio ésta que de momento me envía? ¿Qué gracias me concederá si hago lo que ella me inspira? Esto es lo que ignoramos: y ante tal incertidumbre.la exacta fidelidad es el único partido seguro que podamos tomar.

Las cosas extraordinarias y las grandes ocasiones de virtud, raras veces se presentan: en cambio las pequeñas se ofrecen a cada paso. ¿Cuándo probaremos a Dios nuestro amor, si esperamos para ello ocasiones de brillo e importancia? Quizás no se nos presentará una sola en toda la vida.

Más aún, las grandes cosas exigen gran valor. Ahora bien ¿cómo osaremos prometernos ese valor y fortaleza que exigen

tales encuentros si no hemos hecho antes el ensayo en los pequeños, si no nos hemos ido preparando y adiestrando poco a poco a las cosas más difíciles mediante la práctica de aquellas que són más fáciles?

Las cosas grandes suponen también gracias proporcionadas de parte de Dios. Mas para merecer y obtener tales gracias especiales y extraordinarias es preciso haber sido fiel en las pequeñas.

A más de que la humildad exige que consideremos las cosas grandes como superiores a nuestras fuerzas, a no ser que el Señor se dignara escogernos para ellas: por nuestra parte debemos aficionarnos a las pequeñas, como que están más a nuestro alcance. Hagamos, pues, las cosas pequeñas con la gracia ordinaria, con lo cual nos hallaremos mejor preparados para las grandes, cuando se presente la ocasión.

El deséo de hacer y padecer grandes cosas es a menudo, y aun casi siempre, una ilusión del amor propio, o efecto de nuestra presunción. Querría uno, por ejemplo, practicar grandes austeridades a imitacion de tal o cual santo; quisiera llevar grandes cruces: pero en la práctica se ve que semejantes deseos son pura ilusión. Y sino, observad lo que de ordinario acontece. Hace el ensayo de grandes austeridades por impulso propio, mas apenas se han enfriado aquellos fervores ficticios e imaginarios, ya te parecen insoportables aquellas austeridades y las abandona. Preséntanse en cambio cruces muy ordinarias, y esa alma que deseaba llevar las grandes, sucumbe bajo el peso de las más insignificantes. No deseemos pues, ni escojamos nada: tomemos las cosas tales como Dios nos las envía, y a medida que nos las envía; cumplamos con toda fidelidad y exacción las cosas más menudas que conozcamos ser del divino beneplácito, y estemos firmemente persuadidos de que si Dios no sostuviera nuestra flaqueza y nos ayudara con su gracia, no podríamos dar un solo paso en la vida espiritual.

Como las cosas pequeñas nos salen al paso a cada instante, la exacta fidelidad en tales encuentros supone mayores alientos, mayor generosidad y constancia de lo que comúnmente se cree. Supone; nada menos que una virtud consumada; porque, al fin, se trata de vencernos a nosotros mismos en cada momento, para seguir en todo las inspiraciones de la gracia, sin admitir

deliberadamente ni un pensamiento, deseo, palabra u obra que desagrade a Dios en lo más mínimo, y haciendo cada cosa con toda la perfección que tiene derecho a esperar de nosotros; y todo esto sin desfallecer jamás, ni hacer concesión alguna a la naturaleza corrompida. Nada hay en los santos que no parezca tan digno de admiración como esa exacta fidelidad; nada que exija mayores y más redoblados esfuerzos.

Es de temer además que se mezcle el amor propio en las cosas grandes que se hacen o sufren por Dios; y que reflexionando sobre ellas, se le entre a uno vana complacencia y se anteponga y prefiera a los demás. Las cosas pequeñas no son ocasionadas de ordinario a tales riesgos; es más fácil conservar en ellas la humildad, puesto que el amor propio no halla donde asirse, para hacer comparaciones. Por lo tanto, su práctica es incomparablemente más segura y más propia para conducirnos a la perfección, la cual consiste en morir enteramente a nosotros mismos. Las cosas pequeñas arruinan y consumen poco a poco al amor propio, sin que éste apenas se dé cuenta de los golpes que se le asestan. Esos golpes son pequeños, es verdad, pero tan frecuentes y multipticados, que hacen el efecto de los más violentos. Si la muerte del amor propio es más lenta, en cambio es más segura, porque la fidelidad constante en vencernos en cosas pequeñas le ocasiona un estado de debilidad tal, que difícilmente logrará rehacerse. De este modo, y como por sus pasos contados, logra el alma sujetar y encadenar a su más temible enemigo, el amor propio, reduciéndolo casi a una completa impotencia.

Otra razón muy poderosa existe para que seamos fidelísimos en las cosas pequeñas. En efecto: si el amor de Dios aparece más generoso en los grandes sacrificios, muéstrase en los pequeños, continuamente repetidos, más atento y delicado. No ama perfectamente el que desdeña las menores ocasiones de agradar a la persona amada, y se toma la libertad de herirle en pequeñas bagatelas. Ahora bien: si el amor humano es tan delicado y tan susceptible, el amor divino todavía lo es infinitamente más. Toda alma que ama sinceramente a Dios debe esmerarse en evitar las menores ofensas voluntarias contra El. Herir al corazón infinitamente delicado de Dios con la más

minima culpa, debemos considerarlo como un atentado indigno de un alma noble y generosa. Rehusar a Dios deliberadamente cualquier cosilla que nos pida, so pretexto de que no es de mucha importancia, seria faltar al amor que le debemos en un punto esencial; equivaldría a renunciar a la familiaridad y a la unión intima con Dios. El Señor es infinitamente celoso de su gloria, que está cifrada principalmente en que la criatura no mire jamás como cosa de poca monta lo que gusta o disgusta a Dios y en que se halla siempre dispuesta a sacrificarlo todo al menor gusto de Dios. Es indudable, pues, que no llegaremos a amarle con un amor digno de El, hasta que estemos firmemente resueltos a serle fieles en todo, grande y pequeño.

Nada digamos de los bienes incalculables que semejante fidelidad nos llevará consigo; porque claro está que si el alma permanece fiel a la resolucion de agradar a Dios en las cosas pequeñas, ganará infaliblemente el corazón de Dios, atraerá sobre sí toda su ternura, todos sus favores, todas sus gracias; con lo cual irá acumulando de día en día tesoros inmensos de merecimientos, y se hallará dispuesta y preparada para obrar grandes cosas en servicio de su Divina Majestad.

Todos estos son motivos poderosísimos que deberían impulsarnos a tomar la importantísima y heroica determinación de no despreciar nada en el servicio de Dios, antes bien aplicarnos a agradarle en todo, sin distinción de grande ni pequeño. Adoptemos, pues, semejante resolución y supliquemos al Señor nos conceda la gracia de cumplirla fielmente hasta el último suspiro.

Bueno será advertir con todo, que en la ejecución hay que evitar confusiones e inquietudes. El amor exige en sus manifestaciones una santa libertad; todo consiste en no perder jamás de vista a Dios, en hacer a cada momento lo que nos parezca será grato a su divina Majestad, y desviarnos de aquello que comprendemos le disgusta. El no dejará nunca de darnos oportunamente advertencias interiores. Cuando no nos las da, es señal de que, en lo que hacemos o decimos, nada hay contrario a su beneplácito. Asi pues, jamás puede haber motivo alguno razonable para atormentar inútilmente nuestro espíritu sobre este particular.

XX

Del provecho que debemos sacar de las propias faltas

El asunto de este capítulo es uno de los más importantes en la vida espiritual. Es indudable que según los designios de Dios, deben servir para nuestra santificación las mismas faltas en que permite que caigamos, y que de nosotros depende sacar esta ventaja. Acontece sin embargo todo lo contrario: de donde se sigue que muchas veces nuestras faltas nos perjudican, no tanto por lo que ellas son en si, cuanto por el mal uso que de ellas hacemos.

Mas adviértase que lo que vamos a decir acerca de este particular, no se refiere a esas almas tibias y flojas en el servicio de Dios y que no quieren entregarse a El sino hasta cierto punto. Tales almas hacen con premeditación y reflexión mil faltas de las que no pueden sacar provecho alguno, por la mala disposición en que se hallan. Las personas para quienes escribimos esto, son únicamente aquellas que están determinadas a no cometer deliberadamente falta alguna, y a quienes no obstante se les escapan muchas, a pesar de su resolución; ora sea por movimientos *primo primi*, ora por inadvertencia, ora en fin por efecto de la debilidad y flaqueza aneja a nuestra naturaleza corrompida.

Acontece muy de ordinario que esas almas timoratas se admiran de sus faltas, túrbanse por ellas y hasta llegan a sentir ciertos movimientos de despecho, que las inclinan al desaliento, viendo su impotencia para evitarlas. Todos éstos son otros tantos efectos del amor propio: efectos, a decir verdad, más perniciosos aún que las mismas faltas. Se espantan de haber caído, llevan esto muy mal, pero todo procede de que no se conocen sino muy imperfectamente. Deberían más bien admirarse de no caer con más frecuencia, y en faltas más graves, y dar gracias a Dios que las tiene de su mano y las preserva de caer en ellas. Túrbanse cada vez que se encuentran con

el hurto en las manos, como suele decirse; pierden la paz interior y la serenidad de espíritu, echándose en cara a todas horas las faltas que han tenido la desgracia de cometer. No hay que turbarse jamás, sino que al darse cuenta esas almas de haber caido, levanten tranquilamente su corazón a Dios, pídanle, con amorosa humildad, perdón de su falta y no piensen más en ella hasta que llegue el momento de sujetarla al tribunal de la penitencia. Y si les aconteciere olvidarse de aquella falta al confesarse, no por esto deben turbarse. A algunos les infunde el demonio un falso rubor de haber cometido tales faltas, por manera que apenas se atreven a declararlas al confesor.—¿Qué idea formará de mí, se preguntan, después de tantas promesas, de tantas protestas que le he hecho?—Si se las declaráis sincera y humildemente, os tendrá sin duda en mejor concepto que antes, pero si sentís dificultad en manifestárselas, procede sólo del amor propio. Lo peor del caso es que, como observa San Francisco de Sales, a veces se desazona uno y enfada por haberse enfadado, se impacienta de haberse impacientado. ¡Cuanta miseria! ¿Quién no descubre en todo esto la cola serpentina del orgullo? No pueden sufrir en paciencia verse tales cuales son de su propia cosecha, flacos y miserables, feos y abominables. Querrían saborear el secreto placer de verse completamente exentos de toda falta e imperfección para acariciar cierto amor propio sutilísimo, que consistiría en poder decir con verdad: vamos, gracias a Dios que he pasado un dia o una semana, sin tener nada que reprocharme... Y como la cuenta no sale a medida de sus deseos, se desalientan, abandonan quizá una tras otra las prácticas piadosas y hasta llegan a dejar la oración, so pretexto de que les es imposible alcanzar la perfección. ¿De que me sirve, exclaman, trabajar con tanto teson en combatir mis malas inclinaciones, vigilar continuamente sobre mí mismo, procurar el recogimiento y la mortificación, si a pesar de mis esfuerzos no llego a corregirme enteramente de nada, y a cada paso caigo en las mismas faltas? Es ésta, sin duda, una de las asechanzas más sutiles del demonio. ¿Quereis triunfar de ella? No os desalenteis nunca, cualquiera que sea la falta en que incurráis, sino decíos a vos mismo: Aun cuando cayera veinte veces, cien veces al día, yo

me levantaría cada vez y proseguiría mi camino como si tal cosa. ¿Qué importa, después de todo, que hayais dado algun tropiezo por el camino, con tal de que llegueis al término? Dios no os lo echará en cara, pues conoce mejor que nosotros el barro de que estamos formados. A más de que, a las veces, la misma rapidez con que se anda por el camino de la perfección, es causa de que se den ciertos tropezones; porque el mismo ardor con que se corre, no da lugar a que se tomen ciertas precauciones. Las almas tímidas y cautelosas que quieren ver siempre donde ponen el pie, que se vuelven a cada lado y en todo instante, para evitar los malos pasos, que temen demasiado el mancharse con el polvo que se levanta con el andar, no avanzan tan rápidamente como las otras, y la muerte las sorprende casi siempre en la mitad de su carrera. No son siempre los que cometen menos faltas, los más santos, sino los que tienen más alientos, más generosidad y más amor; los que mayores esfuerzos hacen para vencerse a sí mismos y que no tienen miedo de tropezar, ni aun de caer, ni de mancharse un poco, con tal de adelantar siempre más y más.

San Pablo dice que a los que aman a Dios todo se les convierte en bien[1] . Y es asi verdad que todo contribuye a su adelantamiento espiritual, como observa San Agustín, aun las mismas faltas y pecados graves. Dios permite a veces tales caidas para curarles de cierta falsa presunción, para enseñarles lo que son y de lo que son capaces. David reconoció que el adulterio y homicidio en que había caido, le habían servido para vivir en una continua desconfianza de sí mismo. "Ha sido un bien para mi, decía al Señor, que vos me hayáis humillado, porque así he aprendido a ser más fiel en la observancia de vuestros mandamientos." La caída de San Pedro fué para él una lección utilísima, y la humildad que le inspiro dispúsole a recibir mejor los dones del Espiritu Santo, y a ser elegido Jefe de la Iglesia, preservándole de los peligros que lleva consigo tan eminente dignidad. San Pablo en medio del asombroso éxito de su apostolado, se preservaba de la hinchazón y de la vanidad, acordándose de que había sido blasfemo y perseguidor de la

----

1 Rom. VIII, 28.

Iglesia de Dios. Una tentación humillante, de que Dios no le quiso librar, servíale de contrapeso a la sublimidad de sus revelaciones.

Si pues Dios sabe sacar tan grandes ventajas de las más graves culpas, ¿quién dudará de que puede también hacer servir para nuestra santificación nuestras faltas cotidianas? Es un hecho observado por todos los maestros de la vida espiritual, que muchas veces permite Dios que las almas más santas caigan en ciertos defectos de los cuales, a pesar de todos sus esfuerzos, no pueden llegar a corregirse; y esto lo hace para hacerlas sentir su debilidad y lo que serían sin el auxilio de la gracia; para impedir que se ensoberbezcan con los favores que les hace, y disponerlas a que los reciban con mayor humildad; para conservar en ellas cierto desplacer de sí mismas y sustraerlas así a las insidias del amor propio; en fin, para sostener su fervor y mantenerlas en perpetua vigilancia sobre sí mismas, confiando no en sus fuerzas, sino en el auxilio divino, al cual se ven forzadas a recurrir continuamente por medio de la oración. El niño que cae, cuando se aparta un poco de su madre y quiere andar solo, vuelve a ella con mayor ternura para ser curado del daño que se hizo, y aprende con su caída a no apartarse de ella en adelante. La experiencia de su debilidad y la bondad con que es acogido por su madre, inspíranle mayor cariño hacia ella. Además, las faltas en que caemos a menudo, dan lugar a grandes actos de virtud, que no tendríamos ocasión de practicar sin ellas, y Dios permite estas faltas con esta intención. Por ejemplo, permite a veces una salida de tono, una prontitud de genio, una impaciencia, para ponernos en el caso de hacer un acto de humildad, que reparará superabundantemente nuestra falta y el mal ejemplo que con ella dimos tal vez. La falta fué cometida por un primer movimiento, la reparación se ha hecho con reflexión, con esfuerzo sobre sí mismo y con voluntad plena y deliberada. Ved aquí pues un acto de virtud que ha sido más agradable a Dios de lo que ha podido disgustarle la, falta.

Dios se sirve por otra parte de nuestras faltas y de nuestras imperfecciones visibles para ocultar nuestra santidad a los ojos de los demás y para procurarnos humillaciones de parte de ellos.

Es su divina Majestad excelentísimo maestro de las almas,

dejémosle hacer como mejor le plazca y no haya miedo que eche a perder su obra. Propongamos evitar con cuidado todo lo que pueda disgustarle; por mínimo que sea; pero si caemos en alguna faltilla, sintámosla por lo que tenga de ofensivo a su divina Majestad, mas no por lo que tiene de humillante para nosotros. Muy al revés, gocémonos en la abyección que nos resulta de aquella falta y roguemos al Señor que saque de ella nuestra humillación y su gloria. El lo hará así y al mismo tiempo nos hará adelantar más por este medio que por otro camino, quizá más regular y más santo en la apariencia, pero que sería menos eficaz para la destrucción del amor propio.

Cuando Dios exige de nosotros ciertos servicios, no rehusemos aceptarlos, con el vano pretexto de las faltas que podremos cometer en su ejecución. Vale más hacer el bien con imperfección, que omitirlo.

A veces no se hace una corrección que es necesaria, porque se teme dejarse llevar de la vivacidad del genio; se evita el trato de ciertas personas porque sus defectos nos dan en rostro y provocan nuestra impaciencia. Mas ¿cómo hemos de adquirir las virtudes, si huimos las ocasiones de practicarlas? . ¿No es ésta una falta mayor que aquellas en que se teme caer? Tengamos recta intención, acudamos a donde el deber nos llama, y estemos bien persuadidos de que Dios será muy indulgente en perdonarnos las faltas a las que nos expongamos por su servicio e impulsados de un sincero deseo de agradarle.

XXI

Direccion espiritual

Hablando en propiedad, no debería distinguirse entre el director espiritual y el confesor, del mismo modo que no se distingue entre el médico que cura las dolencias y enfermedades contraídas y el que prescribe un régimen para conservar la salud y robustecerla. El confesor oye al penitente y le absuelve de sus pecados; prescríbele los medios para no recaer en ellos y le da

consejos saludables para que adelante en la virtud. El oficio, pues, del confesor comprende no sólo el cargo de absolver a los penitentes de sus faltas y pecados, sino también el de preservarles de nuevas recaídas y encaminarlos por el sendero de la perfección cristiana. A pesar de esto, es un hecho que no siempre el confesor es verdaderamente director espiritual de las personas a quienes confiesa.

Dirigir un alma es conducirla por los senderos de la perfección;cristiana, adiestrándola en la manera cómo debe corresponder a las divinas inspiraciones y ejercitarse en la práctica de las virtudes, conforme a su estado actual: no sólo debe conservarla en la pureza e inocencia de vida, sino hacerla adelantar en la perfección: en una palabra, debe contribuir con todas sus industrias a elevarla al grado de santidad a que Dios la tiene destinada. Así es como consideraba la dirección espiritual San Gregorio Papa, cuando decía que el oficio de conducir a las almas por el sendero de la virtud es el arte por excelencia.

Para que haya verdadera dirección, claro está que se requieren ciertas disposiciones de parte del confesor y de parte de la persona dirigida. Debe ante todo persuadirse el confesor de que es el representante de Dios, el instrumento de la gracia, el cooperador del Espíritu Santo y, por consiguiente, es preciso que sea hombre de vida interior, hombre de oración y versado en las cosas espirituales, más por su experiencia propia que por el estudio y la lectura; que no se rija por miras naturales y humanas de vanidad, o de propio interes, sino que solamente tenga puestos los ojos en la gloria de Dios y bien de las almas; que esté despojado, en fin, de todo espíritu propio, y que sepa juzgar las cosas de Dios según el espíritu de Dios. De donde es fácil deducir que no abundan mucho los verdaderos directores espirituales.

En cuanto a las personas dirigidas, es evidente que no podrán serlo de veras sino a condición que sean dóciles, obedientes, sencillas y rectas en todo su modo de proceder; que estén ressueltas no sólo a evitar el pecado, sino también a practicar todo el bien que Dios les exigiere, correspondiendo fielmente a la gracia, sin rehusarle nada por más que sea costoso a la natu-

raleza; en fin, que estén bien determinadas a renunciarse a sí mismas para vivir totalmente sumisas a la voluntad de Dios: a lo cual no puede llegarse por otra via que la de la oración y mortificación. Infiérese de todo esto que si los verdaderos directores no abundan mucho, todavía abundan menos los verdaderos hijos espirituales; puesto que son muy pocas las personas que aspiren a, la verdadera santidad por el camino de la cruz y de la propia abnegación. Son muchas, en efecto, las personas devotas, a su manera, que se guían por su propio espíritu: empeñadas, al parecer, en conciliar su devoción con su amor propio, y satisfechas con cierto barniz de piedad, que se reduce a algunas prácticas exteriores puramente rutinarias, no cuidan para nada ni de la oración, ni de mortificar los afectos del corazón.

Pero sea de esto lo que fuere, es indudable que para las almas deseosas de entregarse sinceramente al servicio de Dios, es de suma importancia 1.° que estén persuadidas de que necesitan un buen director espiritual; 2.° que al escogerlo no deben guiarse por miras puramente humanas; 3.° una vez elegido, sean dóciles en seguir su dirección y se aprovechen de ella en todo lo perteneciente al adelantamiento espiritual de su alma.

Por de pronto, salta a la vista la necesidad que tienen de un buen director, puesto que sería ilusión manifiesta quererse uno guiar por si mismo en los negocios que atañen a su espiritu. El hombre más prudente y discreto, aunque fuere muy santo y muy adiestrado en dirigir a los otros, es de ordinario inepto para dirigirse a si mismo en la vida espiritual; y si lo pretendiera, sería un presuntuoso y se expondría a dar grandes batacazos. Lo primero que Dios exige de todos los que aspiran a la santidad es que renuncien a su espíritu propio, que se humillen y sometan a la dirección de aquellos a quienes el Señor ha confiado el ministerio de las almas.

Asi como hay gracias muy especiales vinculadas a la sumisión y a la obediencia, así también se corren manifiestos peligros de errar cuando el orgullo le persuade a uno que se basta y sobra para juzgar de sus cosas y gobernarse a sí propio. La vía interior está llena de obscuridades, de tentaciones y de precipicios; querer andar solo por ella es evidentemente

expuesto a perderse. Así, pues, no hay medio: o debemos desistir de emprender este camino, o bien, dado caso de que Dios nos llame a andar por él, será preciso buscar un Director, esto es, un hombre al cual manifestemos enteramente nuestra conciencia, dándole cuenta de todo nuestro interior, y a quien nos sujetemos y obedezcamos como al mismo Dios.

La dificultad está en acertar al hacer una elección de tanta importancia. Para ello será preciso ante todo, recurrir a Dios por medio de la oración, para que nos dé acierto. En efecto, su amorosa providencia no dejará nunca de proporcionarnos todos los medios necesarios para nuestra salvación; y como éste es uno de los más principales, debemos estar persuadidos de que El nos lo concederá, si se lo pedimos con sencillez y confianza. Guiarse por miras humanas en la elección de un director, fiarse del propio criterio, y creerse capaz de acertar por solas sus luces, sería exponerse a ser engañado del maligno espíritu.

Si encomendamos a Dios este negocio, El nos dirigirá a aquel que nos tenga destinado, sea por alguna especial ilustración interior, sea por el consejo de personas piadosas. ¿No vemos, en efecto, cómo dispuso Dios que San Francisco de Sales fuese a la ciudad de Dijón, para que tomara a su cargo la dirección espiritual de la Santa baronesa de Chantal, y cómo ésta reconoció que aquél era el varón que Dios le destinaba? Las señales por las que se nos puede manifestar la voluntad de Dios son a veces, cierto impulso interior que nos inclina a poner toda nuestra confianza en tal o cual ministro del Señor: la paz que se derrama en nuestra alma, cuando él nos habla, resuelve nuestras dudas y disipa nuestros escrúpulos; finalmente cierta impresión de respeto, docilidad y obediencia que nos inclinan a que le consideremos como al representante de Dios.

Estas señales no son infalibles, claro está, ni mucho menos, pero si el alma procede con recta intención y busca sólo su aprovechamiento espiritual, son bastante seguras.

En el trato y comunicación con el director espiritual, hay que tomar ciertas precauciones y evitar ciertos peligros. Sin embargo, puede en general asegurarse que cuando el director y la persona dirigida son ambos temerosos de Dios, es muy raro que se deslicen grandes imperfecciones en la dirección; puesto

que de ambas partes se anda con suma cautela, para no abusar de tan santa comunicación.

La primera regla que debe seguirse consiste en no tratarse ni verse, a no ser por necesidad, y al hacerlo, traten entre sí sólo de cosas espirituales. La segunda debé ser respetarse mutuamente y no permitirse jamás familiaridad alguna, por inocente que parezca, procediendo en todo con suma gravedad y circunspección.

La tercera regla que ha de observar la persona que quiera ser convenientemente dirigida, es no ocultar absolutamente nada al director, cualquiera que sea el pretexto que para ello se le ofrezca, aun cuando fueran pensamientos o sospechas contra él. Cuanto el director es más a propósito para aprovechar al alma, tanto ésta se verá tal vez más tentada, por instigación del diablo, a que pierda su confianza en él. Por lo mismo hay que resistir a estas sugestiones, y considerar como un deber ineludible el manifestárselo todo, empezando por aquello mismo que se tiene más tentaciones de callar.

La cuarta regla debe ser una obediencia perfecta en todas las cosas que pertenecen a la dirección de su espíritu, por más repugnantes que sean a sus inclinaciones y juicios.

La quinta regla que debe observar en el trato con su director, sea considerarle como el representante de Dios, sin aficionarse a él con afecto puramente humano, rechazando con prontitud y energía las envidias y celos, si alguna vez llegan a brotar en su corazón; en fin estar siempre dispuesto a verse privado de su dirección, cuando Dios le exija este sacrificio, diciendo entonces con el santo Job: "Dios me lo dió, Dios me lo ha quitado, bendito sea su santo nombre." Es necesario estar bien persuadidos de que asi como Dios le dió aquel director espiritual para su mayor provecho espiritual, en caso de privarle de su dirección por cualquier evento, será también para mayor provecho de su alma.

El director espiritual ha de ser ante todo un alma de profunda vida interior, si no lo es, puede hacer más daño que bien. Es preferible estar sin director a que sea un alma relajada y carente de vida interior.

XXII

Del amor al prójimo

Os doy un precepto nuevo: que os améis unos a otros: y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente [1].

Siendo verdad manifiesta que el precepto de amar al prójimo se halla ya consignado en la ley antigua, ¿cómo es que Jesucristo lo llama nuevo? ¿En qué sentido lo llamará nuevo? En primer lugar porque lo promulgó de una manera formal y auténtica, en toda su primitiva integridad y despojado de las falsas interpretaciones de los escribas y fariseos; en segundo lugar, porque no contento con ordenarnos que amáramos al prójimo como a nosotros mismos, nos manda también que le amemos como El mismo nos ha amado, dándonos además, en el madero de la cruz, el más sublime ejemplo de caridad que todo un Dios hecho hombre podía darnos; en fin, lo llama nuevo porque lo puso como señal y distintivo propio, por el cual quiere que sean conocidos sus verdaderos discípulos. Y asi añadió a continuación: *Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis un tal amor unos otros* [2].

Al unirse a nuestra naturaleza, Jesucristo se hizo nuestro hermano y la cabeza del género humano, elevándonos así a la altisima dignidad de hijos adoptivos de Dios. En virtud de esta sobrenatural adopción, todos los cristianos formamos una sola familia, cuyo padre es Dios y cuyo primogénito es Jesucristo: compartimos con éste sus derechos a la herencia celestial, participamos de las mismas gracias y de los mismos sacramentos, comemos todos en la misma mesa y nos alimentamos del mismo pan; en una palabra, estamos unidos a Jesucristo y a su Iglesia de una manera especialísima. Así pues, además de las relaciones de proximidad que tenemos de común con todos los hombres, hay entre los cristianos un lazo particular, fundado en

----

1 Jn. 13, 34.
2 Ib. 35.

su unión con Jesucristo y sellado con la preciosísima sangre de nuestro divino Redentor. Con mucha razón pues, Jesús, llama nuevo al mandamiento que da a sus discípulos de amarse mutuamente como El los ha amado.

Ahora bien, ¿cómo nos ha amado Jesucristo? Hasta el extremo de constituirse víctima de la justicia divina por nuestros pecados, y dar su sangre y su vida con el fin de reintegrarnos en el derecho a la posesión de la vida eterna; y esto a pesar de que todos éramos enemigos suyos, por efecto del pecado original, a pesar de que preveía que habíamos de abusar de sus dones y gracias, ofendiéndole gravemente, a pesar de que sabía que muchos se prevaldrían de sus mismas bondades y misericordia para ultrajarle con mayor audacia: que a tanto llega muchas veces la enorme malicia e ingratitud del corazón humano. Pues, a pesar de todo esto, Jesucristo nos ha amado, nos ama todavía, y hasta nuestro último suspiro estará siempre dispuesto a aplicarnos los méritos de su sangre, y a ser nuestro mediador para reconciliarnos con su padre celestial.

¿Comprendemos ahora toda la extensión que tienen estas palabras: "*Amaos unos a otros como yo os he amado.*" ¿Tenemos idea exacta de los deberes que semejante precepto nos impone? Debemos amar a nuestros hermanos con un amor semejante al que nos ha profesado Jesucristo, y por lo tanto hemos de compartir con ellos no solo nuestros bienes temporales, sino también los espirituales; debemos rogar por ellos como por nosotros mismos, interesarnos por su salvacion como por la nuestra, y procurársela con todo ahinco por medio de nuestras oraciones, buenas obras, palabras y ejemplos. Deberíamos ademas estar aparejados a sacrificarlo todo y a inmolarnos a nosotros mismos por la salvación de una sola alma. Debe extenderse nuestro amor al prójimo, hasta a nuestros mismos enemigos, a imitación de nuestro divino Maestro que los perdonó y rogó por ellos desde la cruz; en una palabra, debemos amar a todos nuestros prójimos con aquel amor con que Jesucristo nos ama. ¡Oh Dios mio! ¡cuan admirable caridad reinaría entre los cristianos si se observara en toda su perfección este precepto! ¡Como brillaria en el mundo, en todo su esplendor, la santidad del cristianismo! Porque es

indudable que si todos los cristianos nos amáramos de esta manera, tenderíamos todos, cada uno conforme a su estado, a la más alta perfección, excitándonos a ella con el mutuo ejemplo. Todos los desórdenes, todos los escándalos, todas las enemistades, todos los pecados, en una palabra, desaparecerían del cristianismo. Reinaba sin duda esta caridad, muchísimo mejor que ahora, entre los fieles de la primitiva Iglesia, y al observar sus bellísimos y admirables efectos, no podian menos de exclamar los paganos, llenos de estupor: "¡Cómo se aman entre si los cristianos!" En nuestros dias, lejos de aspirar a la perfección de la caridad cristiana, la mayor parte de los hombres no sienten por el projimo ni siquiera el amor natural que todo hombre debe profesar a sus semejantes; y los mismos preceptos de la ley natural son violados, con más frecuencia quizás, o al menos de una manera mas odiosa, entre muchos que llevan el nombre de cristianos, que entre los salvajes e idólatras. ¿De dónde procede esto? De que muchos no son cristianos más que de nombre, o por haber abjurado prácticamente de la fe, cuando no- de una manera formal, o por pisotear a todas horas los deberes más esenciales del cristianismo; siendo en su corazón más perversos que los mismos paganos. Y no se crea que haya en esto la menor exageración, puesto que la experiencia cotidiana nos demuestra que un mal cristiano, o un apóstata, lleva casi siempre su corrupción y malicia más allá que los mismos salvajes e idólatras. Y es natural que así suceda, porque después de haber abusado sacrílegamente de las luces de la fe y de las gracias sobrenaturales, están más dispuestos a abusar más criminalmente de las luces de la razón.

Lamentemos tan terribles desórdenes, al menos nosotros a quienes Dios ha llamado especialmente a su amor y al ejercicio de la caridad con el prójimo. Reconozcamos que el amor propio es el origen de todo pecado, el mayor enemigo del amor de Dios y del amor del prójimo, y que mientras quede en nosotros algún vestigio de él, no amaremos a nuestros hermanos como Jesucristo nos recomienda amarles. El amor propio concentra en nosotros mismos todos los afectos de nuestro corazón y nos vuelve egoístas; hace que miremos al prójimo como a un extraño, no sólo en lo concerniente a las cosas temporales, sino aun

con respecto a las espirituales: por manera que si no andamos con cuidado en reprimirlo, irán penetrando en nuestro corazón los celos, la envidia, el espíritu exclusivista y mil otros afectos desordenados.

Además, este mismo amor propio nos impulsa a cometer mil faltas contra la caridad. Nos vuelve melindrosos, recelosos, suspicaces, rígidos y exagerados en todo lo que mira a nuestra persona, y fáciles en ofendernos por cualquier nadería; fomenta en nuestros corazones cierta malignidad, que hace nos gocemos interiormente de las desgracias y pesadumbles que afligen a nuestros hermanos; engendra en nosotros la frialdad en el trato, el desvío, la indiferencia, la temeridad e injusticia en el juzgar, el espiritu de crítica en el hablar, la parcialidad en todo nuestro modo de proceder, la malquerencia, acritud y antipatía contra determinadas personas, y mil otras imperfecciones y faltas sumamente contrarias a la caridad.

Puede asegurarse que en cierto sentido es más difícil a nuestra naturaleza viciada por el pecado, practicar el amor al prójimo que el amor de Dios, aunque sea mucha verdad que no pueden separarse estos dos amores. Y así vemos que la inmensa mayoría de las faltas en que caen las mismas personas devotas, timoratas y de conciencia delicada van directamente contra el prójimo. ¡Y cuántas y cuántas cometen de las cuales ni siquiera se dan cuenta!

XXIII

Dignidad del hombre

Podríamos expresar toda la alteza y dignidad del hombre con esta sola máxima: *Todo lo que no sea Dios es indigno del hombre*. Bastaría esta sentencia bien profundizada para apartar del vicio a los pecadores y elevar a los justos a la más alta perfección. Estoy persuadido de que para convertir las almas y, una vez convertidas conducirlas a la más sublime santidad, no son necesarias muchas consideraciones; bastaría muchas veces una

sola, con tal de que la meditáramos, nos penetráramos bien de ella, la convirtiéramos en norma de nuestra conducta y no paráramos hasta sacar sus últimas consecuencias. Tal es, a no dudarlo, la máxima arriba propuesta. Procuremos pues convencernos plenamente de la verdad que en ella se encierra y resolvámonos a llevarla a la práctica con la más exacta fidelidad.

Todo lo que no es Dios es indigno del hombre, puesto que es incapaz de llenar las aspiraciones de su inteligencia, ni puede saciar las exigencias de su corazón; y por lo tanto, indigno de ser el motivo o el objeto principal de sus acciones. ¿Quién podrá dudar de esto por poco que reflexione sobre lo que somos, sobre la intención que tuvo Dios al crearnos y redimirnos, y sobre lo que son, con respecto a nosotros, todas las demás criaturas, ora sean superiores, ora iguales, ora inferiores? ¿Quién podrá dudarlo si considera que nuestra inteligencia fué creada para conocer a Dios y nuestro corazón para amarle, que nuestro destino es poseerlo eternamente y que la vida presente no se nos ha concedido sino para conseguir esta felicidad? Nadie dudará un punto si fija su atención en la naturaleza de los bienes y placeres de la tierra y los compara con la naturaleza de nuestra alma, la alteza de sus pensamientos y la inmensidad de sus deseos. Estos bienes son, o bien materiales, y por lo mismo no guardan proporción con el alma que es substancia espiritual, o su valor y aprecio se funda sólo en la opinión de los hombres, y por consiguiente son falsos e ilusorios; considerados en sí mismos, son además limitados, frágiles, pasajeros y caducos. Ahora bien, si examinamos atentamente los deseos y aspiraciones de nuestro corazón veremos al punto que tratándose de bienes creados, de cualquier género que fueren, riquezas, placeres, dignidades; nunca está satisfecho, siempre apetece más y más, siempre anda inquieto, siempre atormentado, ora por el temor de perderlos, ora con el deseo de alcanzarlos: pero desde el instante en que fija en Dios sus aspiraciones y deseos halla la paz y el descanso, íntimamente convencido de que, mientras él quiera, nada ni nadie será capaz de arrebatárselo.

Convencidos plenamente de la verdad de aquella máxima, sólo

resta que la convirtamos en norma de nuestra vida y procuremos sacar todas las consecuencias que de ella se derivan. Porque tenerla por verdadera en teoría y no ajustar a ella nuestra conducta en la práctica, violándola a cada paso, fuera indudablemente suma insensatez y equivaldría a dictar nuestra propia condenación.

Todo lo que no es Dios, es indigno de mí, debo decirme a cada instante; luego no debo aficionarme desordenadamente ni poner mi corazón en nada de lo que pasa con el tiempo; esto es, en cosa alguna criada, sea cual fuere. He aquí la primera conclusión que debe servir de norma a mi inteligencia y a mi corazón, en el uso de las criaturas. Todas ellas son pasajeras y se disipan como la sombra; no hay nada, sino lo eterno, que sea digno de mí. Dios me concede facultad para que use de estas cosas durante un corto tiempo, pero no quiere que me aficione a ellas desordenadamente, ni que ponga en ellas mi último fin: son un medio para probarle mi amor y mi fidelidad; y me castigará o me premiará según el empleo que de ellas hiciere.

¿Qué concepto he de formar, pues, de todas esas cosas de que los hombres tanto se envanecen y por las cuales tanto se apasionan? ¿Qué juicio debo formar de las ventajas que me proporcionan el nacimiento o la posición que ocupo en el mundo, de las consideraciones que se me tienen y de los honores que se me tributan? ¿Me da todo esto motivo alguno justo y racional para engreirme? ¿Merece acaso que fije en ello mi atención? ¿Son otra cosa que pura vanidad? ¿Tengo por sólo esto motivo razonable para preferirme a cualquier otro hombre que de ello carezca? ¿Qué aprecio y estima deben merecerme las mismas dotes personales, genio, talento y habilidades por lo que respecta al alma; belleza, gracia y buen parecer por lo que al cuerpo se refiere? ¿Qué valor tienen todas esas miseriucas de que tanto se engrie la humana vanidad? ¿Soy acaso mejor o peor a los ojos de Dios por tener más o menos talento, tales o cuales grados de ingenio; ni por ser más o menos bello y agraciado? ¿Es razonable siquiera el contentarse vanamente por poseer todo eso, ni el afligirse por carecer de ello? ¿Debo acaso preferirme a los demás por grande que fuere en todo esto mi superioridad sobre ellos, siendo como son puro don de Dios, sin

que esté en mi mano acrecentarlos en lo más minimo? A lo más podré cultivarlos y hacerlos fructificar, pero no por esto tengo derecho alguno a envanecerme por ellos.

Y los bienes de fortuna, que me proporcionan los placeres y las comodidades de la vida, ¿son acaso dignos de mí? ¿Merece tal vez que consagre a ellas mis deseos ni afanes, quitado aparte lo que sea necesario para satisfacer las necesidades de la vida? Las riquezas después de todo no tienen otro objeto que proporcionar algún bienestar al cuerpo ¿y no sería rebajarme hasta la condición de los animales, convertir a mi cuerpo en mi ídolo, en mi Dios, consagrando todos mis cuidados y afanes a esta masa de carne que sirve de envoltura a mi alma? ¿La misma salud, la vida misma temporal y perecedera, son acaso de tanto valor que deba yo inquietarme y desasosegarme tanto por conservarlas? Es racional siquiera la aprensión excesiva de perderla? ¿Si la presente vida no la refiero a Dios, y no la empleo toda en su servicio, puede llamarse acaso un bien hablando en propiedad?¿No sería por el contrario un mal y un gran mal para mí, puesto que los años sólo me servirían para multiplicar mis penas y mis pecados?

Pero al menos, la honra, la reputación, la estima de los hombres, serán sin duda un bien que merecerá todos nuestros cuidados y desvelos. ¿No será razón, por lo tanto, evitar todo lo que pueda hacernos perder dicha estimación y ambicionar todo lo que pueda procurárnosla? Convengo en que hay que vivir de manera que no demos con nuestra conducta pábulo a la maledicencia, pero esto ha de ser según las miras de Dios y no según las de los hombres. Si la conciencia nada nos reprocha ¿para qué alarmarnos, entristecernos, ni preocuparnos de los falsos juicios y de las perversas murmuraciones y dichos de los hombres? ¿Los juicios y críticas de los mundanos han sido nunca la regla de lo verdadero? ¿Seremos acaso juzgados por Dios según ese criterio? Y si Dios y nuestra conciencia se hallan de nuestra parte ¿qué mayor testimonio podríamos desear? Pero es que me tienen, diréis, en lo que no soy, ya no puedo ir a ninguna parte; se dicen públicamente de mi cosas que me cubren el rostro de vergüenza y me ponen en ridículo. Humanamente hablando es éste, sin duda, un mal; el peor quizá de

cuantos pueden acaecernos en la presente vida: pero, mirada la cosa por el prisma de la fe y con vistas a la vida eterna, podemos convertirlo en uno de los más excelsos bienes; puesto que el sacrificio de nuestra reputación puede acarrearnos un peso inmenso de gloria en el cielo. A más de que lejos de apenarnos y entristecernos al ver que los mundanos se.burlan de nuestra piedad y virtud, deberíamos alegrarnos por ello; peor mil veces sería que nos alabaran. Y aunque llegaran las cosas a tal extremo que se desencadenara contra nosotros la más violenta persecución, y nos viéramos expuestos a los más infames suplicios y a la misma muerte, deberíamos tener presente que Jesucristo, la verdad eterna, ha proclamado que aun entonces seríamos bienaventurados, y El mismo escogió para sí semejante género de felicidad.

Quede pues bien asentado en nuestro corazón que sólo Dios es digno de nuestras aspiraciones y deseos. Pero de esta gran verdad se desprende otra no menos importante, a saber: que únicamente será digno de nuestro amor y aprecio, lo que Dios aprecia y ama. Ahora bien, ¿qué es lo que Dios estima? Precisamente todo lo que el mundo desprecia, y recíprocamente; pues sucede muy a menudo que lo que parece sublime y honroso a los ojos de los hombres, a los de Dios es abominable. Asi lo declara terminantemente el santo Evangelio[1]. La razón, de esta diferencia está en que Dios mira las cosas con relación a sí, a su gloria y a sus designios eternos sobre nosotros; mientras que los hombres las miran con relación a sí mismos y a la vida pre sente. ¿Cuál de estas dos reglas será razón sigamos en nuestros juicios y apreciaciones? La respuesta salta a la vista y no hay para qué formularla. ¿Y qué cosas ama Dios? Justamente lo que el mundo aborrece. Dios ama la pobreza, la cruz, las humillaciones, los sufrimientos, todo lo que despega nuestro corazón de los bienes de la tierra y eleva nuestros pensamientos y nuestros deseos hacia los bienes eternales. El mundo, al contrario, ama todo lo que nos aficiona a las cosas terrenales, todo lo que aparta nuestras miradas y deseos de los bienes celestiales. ¿Quién de entrambos juzga mejor

----

1 Lc. 16, 15.

acerca de la verdadera grandeza y dignidad del hombre y de lo que constituye su verdadera felicidad? ¿Jesucristo que es la eterna verdad, o el mundo que es la mentira personificada?

Si queremos, pues, de veras santificarnos, no tenemos sino aplicar continuamente a nuestra conducta y a nuestras acciones esta máxima: Todo lo que no es Dios, todo lo que no es infinito, eterno e inmenso como El, no es digno de mí. No he nacido para las cosas de la tierra sino para las del cielo, decía San Estanislao Kotska, y lo mismo puede repetir cada uno de nosotros. Yo he sido criado para sólo Dios, y por consiguiente no debo amar, querer, desear, ni procurar, sino lo que me conduce y aproxima a Dios; lo que me facilita acá abajo su posesión, por medio de la fe y de la gracia, y lo que me asegura su goce eternal allá arriba. Debo, pues, despreciar, aborrecer y evitar a todo trance todo lo que pueda apartarme de Dios, todo lo que pueda arrojarlo de mi alma, todo lo que me exponga a perderle para siempre. Pero ¿dónde hallaremos un criterió fijo, acertado e infalible para discernir con toda seguridad qué es lo que nos conduce a Dios y qué nos aparta de El? En el santo Evangelio, en las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo. En efecto, Dios se hizó hombre, moró entre los hombres y comunicó con ellos para enseñarles cuál es su verdadera dignidad y su incomparable grandeza. Sólo en el Evangelio aparece el hombre verdaderamente grande, porque sólo allí se le ve en relación íntima con Dios. Fuera de las enseñanzas de Jesucristo, aun en los escritos de los más sabios filósofos paganos, aparece el hombre siempre pequeño, porque no nos lo presentan tal cual es: criado por Dios y para Dios, en quien sólo puede hallar su primer principio y último fin, que sacie perfectamente todas las aspiraciones y deseos de su alma.

¡Oh Dios mío! penetradme bien de esta gran verdad, que tanto me eleva y ennoblece a vuestros divinos ojos! ¡Que comprenda bien, Señor, la incomparable dignidad a que me habéis sublimado! No permitáis que jamás profane y envilezca mi corazón consagrándolo a otro alguno que a Vos; Sed de hoy en adelante el único objeto de mis pensamientos y afectos; que todos ellos vayan dirigidos a procurar; vuestra gloria: haced que las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo sean la única norma

de mi conducta, que ponga debajo de mis pies todas las criaturas, juntamente con mi orgullo y amor propio, a fin de que, muerto del todo a mí mismo y hollando todas las cosas criadas, vaya subiendo más y más de día en día, elevándome continuamente hacia Vos que sois mi primer principio, mi último fin y el único manantial de mi felicidad. Asi sea.

XXIV

De las tentaciones

Por lo mismo que eras acepto a Dios
fué necesario que la tentación
te probase [1]

Las personas que se consagran a la vida espiritual fácilmente se persuaden de que son gratas a Dios, cuando éste les hace sentir las dulzuras de su presencia y las colma de consuelos espirituales; cuando gozan de una paz inalterable, sin que experimenten molestia alguna ni de parte del demonio, ni de parte de los hombres, ni de sí mismos. Pero si el Señor les retira sus consuelos, o permite y dispone que el demonio las tiente y que los hombres pongan a prueba su virtud, con mucha dificultad llegan a persuadirse de que todo aquello es señal manifiesta de que son agradables a Dios. Todo al revés, creen, o al menos temen, que aquello sea señal de que Dios las ha abandonado, que ya no le son gratas como antes: y todo se les va en darle vueltas a su espirítu, inquiriendo e indagando cual podrá ser el motivo de que Dios las trate con tanto rigor.

A decir verdad, la cosa no es muy obscura que digamos; no es necesario romperse la cabeza, para dar con la verdadera causa de nuestras tentaciones. Bien claro lo manifestó el Arcángel San Rafael a Tobías, cuando le dijo: *por lo mismo que eras acepto a Dios, fué necesario que te probara la tentación*. Fijémonos bien

----

1 Tob. 12 13.